

# INICIANDO UNA NUEVA ETAPA

En los próximos días asumirá la Primera Magistratura del país el Ing. Mauricio Macri, dando comienzo así a una nueva etapa democrática, el octavo gobierno consecutivo desde el retorno a la democracia en 1983. Este período de 32 años sólo fue interrumpido en diciembre de 2001, cuando el presidente De la Rúa dejó su cargo en forma anticipada, presionado por la urgencia económica, el conflicto social y un virtual estado de anarquía, y continuado por una sucesión de presidentes *fugaces*.

Sin lugar a dudas, son muchos y graves los problemas por resolver por el nuevo gobierno: los déficits gemelos, fiscal y comercial; la sobrevaluación del peso y la inflación, el aislamiento de la Argentina en el contexto internacional, el rescate del Mercosur, la falta de seguridad, la inequidad en la distribución de la riqueza, la centralización en la conducción de la política y la economía, la corrupción enquistada en los poderes públicos, el desequilibrio en las finanzas... La sola enunciación de la nómina abruma.

El nuevo Presidente tendrá varias particularidades. En primer lugar, será el primer presidente no peronista, radical o militar en más de ocho décadas y, de esa manera, romperá el bipartidismo que se inició en el país, aún con interrupciones por golpes militares, desde la llegada de Juan Domingo Perón al poder en 1946. Por otra parte, quebrará la sucesión de presidentes abogados, que se prolonga desde el retorno a la democracia. Los abo-

gados han tenido amplísima preponderancia, desde los orígenes de nuestra organización nacional, intercalados con unos pocos profesionales de otras ramas, como Arturo Illia, médico. Finalmente, Macri deberá terminar con un síndrome que aqueja a nuestro país: ningún jefe de Estado no peronista elegido democráticamente ha podido concluir su mandato constitucional desde que el peronismo ingresó en la vida política argentina.

El Pro es un partido con una historia breve. Sin embargo, sorpresivamente irrumpió con fuerza, liderado por un empresario cuyo discurso y su forma de gestionar prendieron en la ciudadanía, primero en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y luego extendiéndose lentamente a otros distritos. Finalmente, por mérito propio y varios errores del oficialismo, logró lo que parecía ilusorio: ganar las elecciones presidenciales.

Así, un novel partido político tendrá la enorme responsabilidad de conducir los destinos de tres de los principales distritos del país: la Nación, la provincia de Buenos Aires y la Capital Federal.

Hay millones de argentinos esperanzados y otros tantos temerosos. La votación fue muy ajustada, marcando un escenario repartido en cuanto a preferencias. El Presidente electo asumirá el poder sin controlar el Congreso Nacional –el justicialismo mantiene la mayoría absoluta del Senado y la primera minoría en la Cámara de Diputa-

dos— y con la mayoría de los gobernadores pertenecientes al partido de oposición. Consecuentemente, la gobernabilidad será una de las claves del próximo período.

Estos hechos configuran un cuadro poco usual en la vida político-institucional de la Nación de características fuertemente presidencialista, pese a que algunos cambios introducidos por la reforma constitucional de 1994 procuraron atenuarla. Sin lugar a dudas, estas circunstancias permitirán mensurar el grado de madurez alcanzado por nuestra democracia, por cuanto obligarán a cultivar una nueva forma de gobernar, con espíritu de diálogo, moderación y entendimiento.

Como se decía más arriba, el nuevo gobierno tiene por delante grandes desafíos, principalmente resolver los problemas irresueltos de la anterior administración. Nadie, sensatamente, puede suponer que en el futuro inmediato se hallarán soluciones satisfactorias a todos ellos. Pero, el objetivo principal de estas breves líneas es intentar transmitir un mensaje de fe, trascender los marcos de una concepción pesimista de la historia del país, según la cual su existencia misma está condenada a ser una secuela de frustraciones, de actos fallidos, de improvisaciones.

Hay indicios de que en algunos aspectos estamos cambiando. Parecería que existe disposición para terminar con la Argentina “pendular”, caracterizada por esa absurda y nefasta costumbre de producir alteraciones absolutas de los rumbos trazados, o transformaciones radicales o directamente abandono de políticas o planes con cada nuevo gobierno con el único propósito de diferenciarse del precedente.

Aspiramos a que se consolide, en cambio, la idea de que el tejido del progreso no lo elabora un partido político o una gestión de gobierno, sino que es producto del trabajo constante y paciente de toda la comunidad. Las políticas de Estado —por encima de las administraciones de turno— tienen que ceñirse al análisis, formulación y constante ajuste de las bases que alimentan e impulsan

el desenvolvimiento de los procesos, partiendo de la premisa de que si esas bases están bien establecidas el sistema marchará en consonancia con el interés general. Lo contrario implica una cuantiosa e inútil pérdida para la sociedad.

Es posible que el retroceso argentino durante décadas tenga una de sus causas más profundas en la ausencia de una gran concepción global capaz, por su amplitud y hondura, de dar adecuada interpretación a los graves desafíos que las cambiantes circunstancias históricas han creado y siguen creando. En los campos de la actividad humana es indispensable que una línea fundamental de pensamiento imprima un rumbo determinado a los acontecimientos; de otro modo la anarquía de las acciones terminará provocando el derrumbe de las metas perseguidas.

De tal manera, cuando una sociedad ha madurado y tiene claros los fines a lograr y ha esbozado una concepción y una estrategia para alcanzarlos, sus representantes —sean del color político que fueren— deberán respetar esa filosofía conductiva y adaptar sus políticas a ella, dándole continuidad.

Una reflexión final. El país puede hoy enfrentar esta nueva etapa con nuevas expectativas. No debemos quedarnos atrapados en el determinismo de “lo que debió ser”, ni en la nostalgia de “lo que pudo ser y no fue”. Para trazar nuestras metas, veamos —como decía Alberdi— “la república posible antes de la república verdadera”. Siempre habrá avances y retrocesos en la marcha hacia un modelo de república verdadera, pero que lo fundamental es que haya un norte hacia el cual orientarse y que, al mismo tiempo, sirva de patrón en función del cual evaluar y medir nuestro comportamiento.

El porvenir no es un misterio absoluto ni una fatalidad inexorable; podemos entrever el destino y, aunque sea en parte, podemos intentar modelarlo. Está en nosotros, en nuestra capacidad para conocer y para hacer, la posibilidad de lograrlo ■